

Globethics Repository



La ecología, reto a la teología y a la ética [Ecology, challenge to theology and ethics]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository.
More information on Globethics see <https://www.globethics.net>. Data and content policy of Globethics Repository see <https://repository.globethics.net/pages/policy>.

Item Type	Article
Authors	Amor Pan, José Ramón
Publisher	Universidad Militar Nueva Granada
Rights	Creative Commons Copyright (CC 2.5)
Download date	2026-07-14 08:33:25
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/214961

**LA ECOLOGÍA, RETO A LA TEOLOGÍA Y A LA ÉTICA: EL
PENSAMIENTO DE
BERNHARD HÄRING**

Prof. Dr. José Ramón Amor Pan
Universidad Rey Juan Carlos e Instituto
Compostelano de Ciencias Religiosas
España

Bernhard Häring (1912-1998) ha sido uno de los teólogos católicos más importantes del siglo XX y una de las figuras más grandes de la moral de todos los tiempos: 106 libros y más de diez mil artículos, así como su decisiva influencia en el Concilio Vaticano II son buena muestra de ello¹. La experiencia de la Segunda Guerra Mundial, en la que participó como sanitario, fue decisiva para la configuración de la personalidad humana y cristiana de este sacerdote redentorista: ¿por qué el pueblo alemán había llegado a aceptar y a seguir las consignas delirantes de un Führer enloquecido? HÄRING no fue un moralista especializado en un área o en un tema concreto, sino que sus preocupaciones y escritos abarcan todo el campo de la teología moral entendida en su sentido más amplio, incluyendo las vertientes pastorales y espirituales. De ahí que su pensamiento ofrezca muchas opciones para análisis monográficos. El amplio conocimiento bibliográfico, apoyado sobre el dominio de muchos idiomas y culturas, así como su constante diálogo con otras tradiciones morales y religiosas, dan garantía de universalidad a sus planteamientos y soluciones.

En 1954 había publicado *La Ley de Cristo*, una obra preparada de 1947 a 1953, que marca la línea divisoria entre la etapa casuista y la moral renovadora, dirigida “a sacerdotes y seglares”; traducida a 14 idiomas, es la obra más leída durante el siglo XX en el campo de la Teología Moral. HÄRING no basa su moral en la idea de autoperfección personal ni en el imperativo “salva tu alma”, menos aún en el mandato y la ley, sino en la responsabilidad. Siempre atento a los signos de los tiempos, introduce el término bioética en el volumen tercero de su obra *Libertad y fidelidad en Cristo* (su nueva síntesis de Teología Moral, publicada originalmente en inglés en Estados Unidos el año 1981), cuando todavía era muy escasa su

¹ Cf. VIDAL, M., *B. Häring, un renovador de la moral católica*. PS editorial. Madrid, 1999; NUMERO MONOGRÁFICO, *Estudios Eclesiásticos* 290 (1999).

recepción en la literatura especializada y su uso no se había popularizado en los medios de comunicación. Pero más que la mera introducción de la palabra, debemos reseñar que Häring adopta la nueva manera de abordar toda esta amplia problemática que implica la nueva disciplina: de manera interdisciplinar, examinando los datos que proporcionan las ciencias, desde el diálogo sincero y la búsqueda conjunta de la verdad entre todos los actores sociales, sin renunciar a la propia identidad (la suya es claramente una ética teológica católica)². Y lo hace situando las páginas dedicadas a la Bioética en el tomo que examina la responsabilidad social del ser humano (la moral social), pues “no podemos trazar una raya de separación entre la bioética y la más amplia tarea de los cristianos en la misión universal

² Dialogar no significa tratar de imponer las propias convicciones a la otra parte, sino que, partiendo del presupuesto de que existe una verdad objetiva, manifestada de múltiples maneras en la realidad, que desborda los estrechos límites del conocimiento individual, el hombre accede a ella a través del devenir histórico, en aproximaciones graduales, desde la experiencia de la búsqueda compartida. Nadie posee la verdad absoluta, por lo que desde el rigor y desde la humildad, a través del intercambio y la solidaridad, la humanidad va aprendiendo esa Verdad. El diálogo y la búsqueda de consenso es la única vía que tenemos para avanzar en el camino de una convivencia sana y democrática, donde la libertad de expresión y la libertad de conciencia estén debidamente aseguradas, como expresión auténtica de la dignidad humana. Dialogar, ciertamente, no significa difuminar la propia identidad, sino que partiendo de dicha identidad, el hombre busca una verdad más amplia y plenificadora, en el horizonte de su desarrollo. Como dice el Concilio Vaticano II (GS 92): “La Iglesia, en virtud de su misión de iluminar a todo el orbe con el mensaje evangélico y de reunir en un solo Espíritu a todos los hombres de cualquier nación, raza o cultura, se convierte en un signo de aquella fraternidad que permite y consolida el diálogo sincero. Esto requiere que, en primer lugar, promovamos en la misma Iglesia la estima mutua, el respeto y la concordia, reconociendo toda legítima diversidad, para establecer un diálogo cada vez más fructífero entre todos los que constituyen el único Pueblo de Dios (...) Haya unidad en lo necesario, libertad en lo dudoso, caridad en todo (...) El deseo de que este diálogo sea conducido sólo por el amor a la verdad, guardando siempre la debida prudencia, no excluye por nuestra parte a nadie, ni a aquellos que cultivan los bienes preclaros del espíritu humano, pero no reconocen todavía a su Autor, ni a aquellos que se oponen a la Iglesia y la persiguen de diferentes maneras. Como Dios Padre es principio y fin de todas las cosas, todos estamos llamados a ser hermanos. Y por ello, llamados por esta misma vocación humana y divina, podemos y debemos cooperar, sin violencia y sin engaño a la construcción del mundo en la verdadera paz”.

de construir un mundo más saludable. La captación del significado de la vida y la protección eficaz de ese don y de la salud depende de la interpretación religiosa, del desarrollo socioeconómico, de la vitalidad cultural y de la estructura de la autoridad”³. Unas líneas más adelante, nuestro autor explicita el horizonte en el que se van a situar sus afirmaciones:

“Como creyentes, comprendemos que nuestra vida en Cristo Jesús es una vida consagrada a la plenitud de vida para toda persona. La fidelidad a Cristo implica fidelidad a la promoción de la vida, de la salud; encierra la recta interpretación de la muerte y el morir. No se trata de una simple toma de postura o decisión. Nos hallamos, ante todo, frente a una valoración, a una manera de ver, a un significado. Nuestra línea directriz y punto de mira será la promoción de relaciones saludables y de corresponsabilidad en la libertad y fidelidad creadoras (...) Encontramos la verdad de nuestra vida respetando la vida de cada uno y sintiendo afecto recíproco (...) El aceptar la responsabilidad de la propia vida y de la de los demás es una expresión destacada en el cuadro de la moral de alianza. El cuidar de la vida de los demás, el transmitir responsabilidad frente a la vida y promocionar su calidad son signos de verdadero monoteísmo, de nuestra confesión de formar una familia presidida por Dios”.

Querer un mundo saludable, donde se garantice y promueva no sólo la supervivencia física sino la calidad de vida de todo hombre y mujer, es una responsabilidad compartida por todos los seres humanos, en la que los creyentes no tienen ningún título de superioridad, no saben más que los otros, no tienen todas las respuestas, sino que la fe tan sólo otorga mayores motivos para seguir confiando en el hombre y seguir luchando por su promoción, nada más pero tampoco nada menos. Toda búsqueda de la verdad debe hacerse con humildad, porque la verdad o se busca con humildad, intentando aprender los unos de los otros, o no se encuentra⁴. Se impone un esfuerzo de reflexión en común. Estudiar, debatir, admirar y, finalmente,

³ HARING, B., *Libertad y fidelidad en Cristo*, vol. III, (Herder, Barcelona 1986²), p. 21.

⁴ Así lo entendió POTTER: Cf. AMOR PAN, J.R., “Bioética Puente, Bioética Global y Bioética Profunda”, en QUINZA LLEO, X. – URIBARRI BILBAO, G. (eds.), *Responsabilidad y diálogo. Homenaje a José Joaquín Alemany Briz, S.J. (1937 – 2001)* (Universidad Pontificia Comillas, Madrid 2002), pp. 247-267; AMOR PAN, J.R., “Teilhard de Chardin y el desarrollo de la Bioética”, en FERRER, J.J. – MARTINEZ, J.L. (eds.), *Bioética: un diálogo plural. Homenaje a Javier Gafo Fernández, S.J.* (Universidad Pontificia Comillas, Madrid 2002), pp. 849-867.

transmitirlo a una humanidad deseosa de conocer el misterio de la vida y de tener la sabiduría ética necesaria para humanizar todo ese admirable progreso.

El tema ecológico constituye un problema bioético fundamental, como lo evidencia el que dediquemos este tercer número de la *Revista Latinoamericana de Bioética* a su abordaje, por más que algunos “bioeticistas” pacatos, de corto vuelo y profunda miopía sigan empecinándose en hacer de la bioética una simple ética médica renovada: la ética clínica no es más que una parte de la Bioética. Tal y como expresa en su libro, POTTER tenía como motivo para acuñar el nuevo término precisamente su preocupación por el deterioro del medio ambiente y su objetivo era crear un ambiente en el que pudiera realizarse una óptima adaptación del ser humano al mismo ambiente. Por esta razón afirmaba que el objetivo último de la nueva disciplina era no sólo enriquecer las vidas humanas, sino prolongar la supervivencia de la especie humana en una forma aceptable de sociedad, aunque su visión ciertamente seguía siendo más antropocéntrica que biocéntrica. No hay mayor traición a la labor de POTTER y de GAFO, por poner dos de los nombres más importantes de la bioética, que no quererlo ver así.

Es verdad, como dice Javier Gafo⁵, que el ulterior y floreciente desarrollo de la Bioética iba a seguir más los cauces del legado de Hellegers, el obstretra que creó –también en 1971– el primer centro dedicado a esta disciplina en la Universidad de Georgetown (USA), y que se iba a convertir en un revitalizado estudio de la ética médica clásica. Sin embargo, este modo de proceder significa una visión reducida de la Bioética, tal y como el propio POTTER expresó y han acabado por reconocer los grandes autores, y tal y como HÄRING comprendió desde el principio: “Ninguna otra parte de nuestra ética social revela más claramente que este capítulo central sobre la ecología la interdependencia existente entre la salud humana y el compromiso de trabajar para lograr condiciones de vida saludables”⁶. Considera HÄRING que las metas de la ética y la estrategia de la ecología deberían apuntar a formular los principios por los que podría guiarse la multitud de relaciones entre la persona y el entorno. El pensamiento ético concibe la ecología como una ciencia intermediaria que reúne los respectivos resultados de las ciencias física y biológica, de las sociales y las del comportamiento. Desde el punto de vista religioso hace la siguiente afirmación:

⁵ GAFO, J. (dir.), *10 palabras clave en ecología* (Verbo Divino, Estella 1998), p. 12.

⁶ *Libertad y fidelidad en Cristo*, vol. III, p. 182.

“El conocimiento ecológico actual y la crisis que padecemos nos presentan la dimensión cósmica del pecado y redención en una luz nueva. La teología siempre supo que nuestro fracaso en la respuesta fiel al Dios que nos llama en Cristo y a través de toda su obra, palabra y revelación, no queda reducido a la escala de deficiencia personal. Actualmente vemos con claridad que se trata de una tragedia cósmica. Y no podemos ignorar por más tiempo que la respuesta adecuada a Dios y la responsabilidad frente a la humanidad deben manifestarse en nuestra conciencia ecológica de que hay que respetar la naturaleza, que es el sistema que sostiene la vida. No puede devastarse este sistema sin pecar contra la dimensión cósmica esencial de la creación y redención”⁷.

Es consciente HÄRING de que durante miles de años la humanidad ha vivido en varias historias separadas entre sí. Lo que hacían las gentes de una cultura determinada repercutía únicamente en su propio entorno. Entre las grandes culturas del pasado, existieron algunas que socavaron su futuro comportándose de manera irresponsable con la naturaleza. La conciencia ecológica va emergiendo gradualmente del examen de los errores ambientales de las épocas pasadas, pero más aún de una creciente conciencia de las consecuencias probables de las actuales decisiones relacionadas con el medio ambiente. Y concluye: “Desde que la humanidad ha comenzado a vivir una historia única en la que las relaciones entre el hombre y la naturaleza alcanzan dimensiones globales, universales, no podemos permitirnos los errores de cálculo cometidos por algunas tribus e imperios del pasado”⁸.

“No es malo configurar y perfeccionar las cosas. Pero cuando el hombre moderno construye un enorme capital monetario, ingentes plantas industriales y autopistas, se olvida de administrar sabiamente el capital mucho mayor y máspreciado ofrecido por la naturaleza, a la que ni siquiera reconoce como tal (...) Uno de los pecados mortales del hombre civilizado consiste no sólo en la destrucción del mundo que le rodea, sino más aún en la destrucción de sí mismo, su sentido de la belleza y su respeto a la creación. La persona que, por egoísmo, destruye para sí y para la posteridad el mundo en que vivimos, ha destruido ya lo mejor de su propio sentido de la responsabilidad”⁹.

Considera que la magnitud del problema radica, principalmente, en nuestra indisposición para estudiar el todo y sus partes con una firme decisión de actuar sobre él sistemáticamente y

⁷ Ibid, pp. 183-184.

⁸ Ibid. p. 185.

⁹ Ibid., pp. 185-187.

de forma coherente. Ilustra su afirmación con el ejemplo del uso del coche privado y afirma: "Esto es un ejemplo de casos en los que disponemos de conocimiento que no llega a producir un impacto moral tan necesario para un cambio profundo a gran escala. Además de los intereses en juego, nuestros hábitos establecidos impiden una valoración realista y el coraje para buscar un cambio adecuado"¹⁰. Aquí radica la gran dificultad para solventar la cuestión ecológica: nos falta voluntad, coraje, ilusión para materializar el cambio. La simple información no mueve a la acción, porque una de las características de la mentalidad postmoderna es, precisamente, la profunda desconexión entre objetivos y medios para alcanzar dichos objetivos, faltan ideales, existe un miedo patológico al fracaso, a no alcanzar la propia felicidad, a comprometerse en la construcción de la utopía (que no quimera). Hay un profundo narcisismo. Además, la difuminación de responsabilidades, al ser la crisis ecológica una cuestión de agregación de individuales en la que ver la parte que le toca a cada uno no resulta fácil, dificulta enormemente el tratamiento de este asunto. Sin embargo, como expresa HARING:

"Si la humanidad no toma decisiones drásticas, tenemos que esperar enormes conflictos políticos y sociales, así como problemas psicológicos (...) Una vez realizada una seria valoración de los riesgos y oportunidades, tendremos que preguntarnos si tenemos o podemos despertar la disposición a cambiar nuestras actitudes y a buscar iniciativas políticas que pongan en marcha, gradualmente pero con firmeza, las medidas necesarias. Además de las soluciones generales y a largo plazo, debe existir un catálogo de medidas realistas y convincentes para implantarlas lo antes posible (...) La drástica situación creada principalmente en los países industrializados de tradición cristiana tiene que encontrar a los cristianos, pero especialmente a los teólogos, preparados para examinar su conciencia no sólo sobre acciones equivocadas o desastrosas omisiones, sino sobre actitudes o ideologías que pueden ayudar a explicar las causas más profundas de los síntomas. El objetivo tendría que ser alcanzar una conversión y una renovación en profundidad"¹¹.

La crisis ecológica obliga a la teología a reflexionar sobre el significado del dominio confiado por Dios al hombre en su plan de creación¹². Si podemos hablar de arrogancia cristiana al suponer que

¹⁰ Ibid., p. 187.

¹¹ *Libertad y fidelidad en Cristo*, vol. III, pp. 188-189.

¹² Cf. BOFF, L., *Ecología: grito de la tierra, grito de los pobres* (Trotta, Madrid 1996); McFAGUE, S., *Modelos de Dios. Teología para una era ecológica y nuclear* (Sal Terrae, Santander 1994); PEREZ PRIETO, V., *Ecologismo y cristianismo* (Sal Terrae, Santander 1999).

las cosas han sido hechas para los hombres, deberemos tener presente que no se trata tanto de arrogancia judeocristiana sino grecocristiana. "Vista desde la Biblia, la relación del hombre con la naturaleza es la de colaborador del Creador, colaboración que puede ser constructivamente creadora si él adora al Creador de todas las cosas. El hombre utilizará la naturaleza de manera beneficiosa para él y para los demás si aprende a admirar las obras de Dios y a darle gracias por ellas. Quien conoce y vive la piedad bíblica comprenderá que, cuando el hombre se reduce a sí mismo a la condición de usuario y explotador de la naturaleza, no sólo se degrada a sí mismo, sino que peca contra el Creador y contra su creación"¹³. Y de manera absolutamente rotunda afirma:

"Este daño al equilibrio ecológico es una blasfemia contra el Creador. Sin embargo, no podemos seguir a los que creen en una inocencia de la naturaleza en cuanto tal y piensan que el remedio es una nueva remistificación del mundo natural, un designio que lee santidad en una naturaleza virgen. No podemos retornar a una especie de animismo primitivo con sus tabúes o con otros nuevos y artificiales. Ni podemos renunciar a alguna manipulación de la naturaleza si deseamos vivir una vida civilizada y alimentar a los 4500 millones de personas, población actual del mundo, o a los seis o siete mil millones a comienzos del próximo milenio. No renunciaremos a nuestra tarea y libertad, dadas por el Creador, de dominar la tierra para nuestras necesidades reales (...) *Todo es sagrado*, pero esto no quiere decir que no podamos tocarlo para cambiarlo. Más bien, en un sentido más profundo, consideramos todas las cosas como don de Dios, como signo de la permanente creación y como llamada a cooperar libre, creativa y responsablemente con él"¹⁴.

HÄRING considera que veneramos a Dios y servimos a los planes que trazó sobre la naturaleza no cuando adoptamos una postura de pasividad o caemos en los tabúes que limitan nuestra libertad. Actuamos correctamente cuando participamos de manera solidaria y responsable. Dios no quiere que seamos espectadores estúpidos ni utilitaristas sin norma. Honramos la trascendencia de Dios cuando lo adoramos, en la discerniente y valerosa autotranscendencia, en la dedicación a nuestros prójimos y a la totalidad de la historia de la creación y redención. Una visión cristológica sacramental es dinámica. Ve todas las cosas como creadas por la Palabra que se hizo carne en medio de la historia. Una actitud reverente, receptiva, en consonancia con esta visión sacramental permite y exige una participación responsable. La vida sacramental

¹³ *Libertad y fidelidad en Cristo*, vol. III, p. 190.

¹⁴ *Ibid.*, p. 193.

del cristiano, en la que se compendia toda su vida en el mundo, es un testimonio viviente del amor de Dios al hombre y a su entorno. En síntesis, la responsabilidad ecológica es una parte de nuestra alabanza al Creador y Redentor.

“La actual impresionante crisis ecológica debe ser interpretada en clave profética y entendida como llamada a la conversión, a una renovada relación con la naturaleza dada por Dios, pero siempre en el marco de una renovada relación con la especie humana (...) Así pues, nuestra responsabilidad ecológica es un acto central de justicia y de amor a Dios y a nuestros semejantes (...) La justicia distributiva exige una tierra ecológicamente sana. El hombre, cocreador bajo la dirección de Dios, tiene derecho a manipular el proceso de la naturaleza siempre que tenga la certeza moral de que su acción es beneficiosa para la generación presente y no supone un peligro para la futura. Pero tan pronto como se dé cuenta de que esta intervención manipuladora hace más daño que beneficio a los hombres, tendrá que cambiar el curso de su acción (...) El medio ambiente es *res omnium*, patrimonio de la humanidad. La justicia obliga a cada individuo, a toda entidad pública o privada, a cooperar en la preservación de esta herencia común. Equivocados conceptos de la propiedad han llevado a situaciones sociales graves, pero la presente situación del sistema de la biosfera pone de manifiesto la gravedad de los errores que permitieron abusar ampliamente de los recursos dados por Dios y del capital acumulado por el hombre, produciendo graves daños a todas las clases sociales, a la comunidad humana presente y futura (...) No podremos asegurar eficazmente la igualdad y libertad entre las personas si no urgimos la responsabilidad solidaria respecto de nuestro ecosistema y de los recursos no renovables de la tierra (...) Ninguna persona ni organismo económico tienen derecho a considerar la biosfera humana como si fuera de su propiedad. El contexto de esta biosfera y la limitación de los recursos materiales importantes obligan a la humanidad no sólo a tomar en serio las responsabilidades locales, sino también a crear acuerdos y organizaciones internacionales que garanticen la seguridad de este nuestro precioso patrimonio”¹⁵.

Nuestro autor pone el dedo en la llaga cuando afirma que los amplios sistemas de comunicación detentados por los poderosos y por los políticos afines a ellos invocan constantemente el imperativo *ambiciona...* y es que la crisis ecológica no es más que el resultado de unas opciones morales, es decir, estamos ante un problema moral, no es que las cosas tengan que ser así si es que deseamos progreso, desarrollo y bienestar. La óptica del beneficio a corto plazo, una

¹⁵ Ibid., pp. 198-199.

economía y una sociedad basadas en el consumo y la idea de que el fin justifica los medios son, en buena medida, los ingredientes que originan la actual situación. No se trata de volver a una especie de paraíso, sino de alcanzar un desarrollo sostenible, pero esto no será posible si no cultivamos unos determinados valores morales; esto es lo que hace tan difícil el tema ecológico, porque implica cambios profundos en nuestra manera de comportarnos y en nuestras creencias, y el ser humano es muy reacio al cambio si no ve de manera inmediata los efectos. Y mientras no seamos *culturalmente* conscientes de ello, las soluciones que desarrollemos no serán más que parches que oculten los síntomas, pero sin llegar a las causas profundas del malestar que padecemos, y el problema seguirá agudizándose. Como dice HÄRING:

“Si se cultiva vicios humanos tales como la codicia y la envidia sistemáticamente, llegaremos inevitablemente al colapso de la inteligencia. Entonces perdemos de vista la belleza y las relaciones sanas. Y la ecología humana reflejará inevitablemente el colapso de la verdad. La conversión a la verdad liberadora y a la belleza exige un distanciamiento que no puede confundirse con la vieja austeridad puritana preocupada únicamente de su propia predestinación (...) Necesitamos nuevos modelos de sencillez que tipifiquen las bienaventuranzas, el gozo, la plenitud de vida, la responsabilidad social (...) Necesitamos élites que influyan por su libertad creadora y por su fidelidad a los valores verdaderos. No pretendemos una cultura de severas privaciones ni un puritanismo desconocedor de la alegría (...) Necesitamos una crítica constructiva y un nuevo estilo de vida convincente, grupos integrados, nuevos objetivos sociales (...) Pero de nada servirán el freno, el dominio de sí mismo, de la avaricia, de la codicia y del derroche si carecemos de unos eficaces y altos ideales, de un plan fundamental sólido y de grupos capaces de ofrecer alternativas convincentes”¹⁶.

¹⁶ *Libertad y fidelidad en Cristo*, vol. III, p. 200. Cf. FROMM, E., *¿Tener o ser?* (Fondo de cultura económica, Madrid 1987¹³) y *La revolución de la esperanza* (Fondo de cultura económica, Madrid 1986⁸). En este último libro podemos leer (págs. 148-150): “La revolución cultural debe basarse en un movimiento humanista radical que involucre a muy diversas ideologías y a muchos grupos sociales. Es igualmente esencial que descansa en pequeños grupos cara a cara, cuyos miembros participen del esfuerzo de crear al nuevo hombre y aspiren a conocerse a sí mismos dejando de ocultarse a ellos propios y a los demás, así como que quieran realizar aquí y ahora el núcleo del hombre que perciben vívidamente como la meta de la revolución cultural (...) Serían un verdadero hogar para cada uno de sus miembros, un hogar donde encontrarían alimento para su

La prudencia, la justicia, la fortaleza y la templanza son los goznes de una nueva y necesaria relación con los demás y con lo demás, con un objeto que, por otra parte, no es tan ajeno al sujeto como pudiera parecer. En la reconstrucción de una ética de las virtudes, el cristianismo tiene mucho que aportar. HÄRING tiene muy claro que si deseamos un cambio y queremos entregarnos a trabajar y luchar para conseguirlo, debemos tener conciencia de cuáles son los principales obstáculos, sabiendo que no resulta suficiente un mero conocimiento intelectual sino que es preciso un *conocimiento de salvación*, que mueva realmente a la acción. Y ello porque las causas de la crisis ecológica están enraizadas profundamente en las estructuras de nuestro pensamiento occidental, en la economía, en la política, en las costumbres establecidas. Señala como causas: la ideología del crecimiento y expansión constantes; los hábitos y pautas de comportamiento individual; los intereses particulares; el nacionalismo; la megalópolis, la idolatría del gigantismo; la tecnocracia, que olvida la búsqueda de una visión de totalidad y se ha convertido en un fin en sí mismo. La humanidad está irrevocable y urgentemente confrontada con el tema de la configuración de este mundo construido por nosotros mismos. ¿Hacia dónde queremos llevar este mundo? En esta misma línea de pensamiento, leemos en JONAS:

“A lo que ante todo tiene que referirse la responsabilidad por la vida, sea ésta individual o colectiva, es al futuro, más allá de su presente inmediato (...) El supremo cumplimiento, que ha de atreverse a acometer, es la abdicación en pro de los derechos de los que todavía no son, cuyo llegar a ser ella protege. A la luz de tal amplitud, que se trasciende a sí misma, se hace manifiesto que la responsabilidad no es otra cosa que el complemento moral de nuestra naturaleza ontológica de nuestro ser temporales”¹⁷.

ansia de saber y de participación interpersonal y donde, al mismo tiempo, tendrían la oportunidad de dar (...) Los Grupos desarrollarían un nuevo estilo de vida, sin sentimentalismos, realista, honesto, valeroso y activo (...) Poseerían un nuevo estilo de consumo, no necesariamente el mínimo, sino un consumo significativo que sirva a las necesidades de la vida y no a las de los productores. Intentarían alcanzar un cambio personal... Volviéndose vulnerables, activos, practicarían la contemplación, la meditación, el arte de estar tranquilos, sin presiones ni solicitudes (...) Históricamente, todos los movimientos importantes se han originado en pequeños grupos”. El cristianismo sabe algo de esta dinámica.

¹⁷ JONAS, H., *El principio de responsabilidad* (Herder, Barcelona 1995), p. 184.

¿Cómo podemos superar esta demora ética, esa disparidad entre las curvas de crecimiento de los logros tecnológicos y el comportamiento ético y responsable? La esperanza creativa y militante tiene que marcar nuestra relación con el mundo y con la historia. Como pasos a dar dentro de una estrategia ecológica, HÄRING señala los siguientes:

- **Educación ecológica.** La condición básica para solucionar la crisis ecológica es una sólida educación que nos haga a todos más conscientes. Educar en la responsabilidad. Nuestro sistema educacional debe caracterizarse por la cooperación entre las diversas ciencias. Contará también con una disciplina especial dedicada al tema ecológico, que constituirá una parte integrante de la formación social y política. La contribución de la Iglesia debe consistir en crear una visión clara de este problema en el conocimiento de salvación y lograr una motivación adecuada. Todas las verdades relacionadas con la creación, la cristología, escatología y antropología pueden iluminarnos y movernos hacia aquella conducta ecológica ejemplar que el mundo tiene derecho a esperar de los cristianos.

- **Iniciativas personales y compartidas.** El descubrimiento de lo que podemos hacer como individuos y como grupos debería coincidir con el incremento de nuestra conciencia y educación ecológicas. La crítica competente es eficaz si la totalidad de los grupos ofrecen iniciativas convincentes y les confieren credibilidad mediante su estilo de vida. Häring insiste en que el buen liderazgo tiene una importancia incalculable: probablemente una de las mayores lacras de nuestras sociedades sea, precisamente, la falta de líderes bien formados y totalmente entregados a la causa de la vida.

- **Política ecológica.** La ecología se convierte en tema político si un número suficiente de ciudadanos entiende la importancia y urgencia de la situación y caen en la cuenta de que es necesario tomar medidas políticas. No tenemos derecho alguno a criticar a nuestros legisladores y gobernantes si no hacemos nada de cuanto está en nuestras manos para vigorizar la conciencia y actitudes de todos los ciudadanos. La acción política no puede agotarse en una permanente confrontación con la crisis; es preciso trazar programas a largo plazo que pongan más énfasis en la prevención que en la simple reparación de daños. Por otro lado, deberemos permitir que los legisladores y gobernantes sean realistas, que traten de encontrar programas y estructuras intermedias; no se trata de crear programas perfectos pero irrealizables¹⁸. La magnitud del problema exige

¹⁸ Esta es la misma postura que esgrime, entre otros muchos, Barry COMMOMER, el célebre biólogo norteamericano fundador y director

medidas que superan los límites de un Estado concreto, por lo que necesitamos nuevas estructuras que respondan a la indivisibilidad de nuestra biosfera y de nuestro destino económico, político y social¹⁹. Estas políticas deberían financiarse tanto a través de contribuciones especiales de los productores que contaminan como por medio de los impuestos generales.

- **Reconciliación entre el hombre y la tecnología.** La segunda revolución industrial ha puesto a la humanidad en una encrucijada. Se ve obligada a decidir entre seguir la senda de una tecnología de gigantismo, de masificación, a la que sigue la destrucción del trabajo creador y el aumento del desempleo, o reconciliarse con la tecnología creando una “tecnología con rostro humano”, de escala reducida, que evite la centralización de masas, adaptada a cada cultura particular²⁰.

- **Desarrollo global.** HÄRING alude en este apartado a la suspicacia de los países del Tercer Mundo respecto a la ecología. Temen que los occidentales, que tienen todo lo que necesitan y que

del “Center for the Biology of Natural Systems: “Debemos reconocer que el ataque contra el ambiente no puede ser controlado efectivamente, sino que debe ser prevenido; que dicha prevención requiere la transformación de la actual estructura de la tecnosfera, haciendo que esté en armonía con la ecosfera; que ello significa modificar masivamente los principales sistemas industriales, agrícolas, energéticos y de transporte; que tal transformación de los sistemas de producción choca con los objetivos de maximización de beneficios a corto plazo que hoy rigen las decisiones relativas a la inversión; y que, por consiguiente, hay que desarrollar medios políticos adecuados que atraigan sobre estas decisiones el interés público por la calidad ambiental a medio plazo” (*En paz con el planeta*, Crítica, Barcelona 1992, p. 183). Un análisis de las políticas europeas de protección del medio ambiente puede verse en AGUILAR FERNANDEZ, S., *El reto del medio ambiente. Conflictos e intereses en la política mediambiental europea*. Alianza Editorial, Madrid 1997.

¹⁹ La misma tesis es afirmada en los siguientes trabajos: COMISION MUNDIAL DEL MEDIO AMBIENTE Y DEL DESARROLLO, *Nuestro futuro común* (Alianza Editorial, Madrid 1987, especialmente las págs. 363-404); GURTOV, M., *Política humanística global* (Ediciones Pomares-Corredor, Barcelona 1990); KING, A. – SCHNEIDER, B., *La primera revolución mundial. Informe del Consejo al Club de Roma* (Plaza & Janés, Barcelona 1991).

²⁰ HÄRING se inspira en: SCHUMACHER, E.F., *Lo pequeño es hermoso* (Hermann Blume Ediciones, Madrid 1994; el original, publicado en inglés, es de 1973).

son los mayores consumidores de energía y materia prima, así como los mayores agresores del medio ambiente, quieran restringir la esperanza de desarrollo de los países pobres en nombre de la ecología. Y no andaba muy equivocado nuestro autor: esta misma controversia surgió en la Cumbre de Río de Janeiro de 1992. Parece claro que el modelo occidental no es sostenible, pero ello no implica que todo el esfuerzo lo tengan que hacer los países menos desarrollados y mucho menos que estos no tengan derecho a un nivel de vida digno. Insiste HÄRING en el peligro de que occidente exporte su codicia y en el efecto nocivo de en esta dirección del cine y la publicidad. Afirma que los recursos de la tierra no son una propiedad privada sino herencia común de la humanidad, y hace un llamamiento a favor de una solidaridad a escala mundial²¹.

▪ **La energía nuclear y sus alternativas.** Respecto a esta cuestión, mantiene en mi opinión una postura muy sensata y valiente: “Quienes protestan contra cualquier tipo de energía nuclear –a mi modo de ver tienen buenas razones para ello- deben tener en cuenta bajo qué presupuestos pueden actuar de forma coherente y honesta. La humanidad puede tirar hacia delante sin centrales térmicas nucleares si retorna a la simplicidad y renuncia al despilfarro. Si nos negamos a elegir conscientemente un estilo de vida sencillo como presupuesto de nuestra acción, entonces tienen razón quienes dicen que el crecimiento industrial es absolutamente imposible sin poder nuclear (...) Tomar en consideración la energía nuclear como solución interina limitada, mientras se hace todo lo posible por obtener fuentes

²¹ Resulta muy interesante el libro de A. KING y B. SCHNEIDER, *La primera revolución mundial* (Plaza y Janés, Barcelona 1991). Se trata de un Informe del Consejo al Club de Roma, en el que, entre otras cosas, podemos leer: “Todo este libro es un llamamiento a la solidaridad mundial. Viviendo, como vivimos, en los comienzos de la primera revolución mundial, en un pequeño planeta que parece infernalmente decidido a destruirse, asediados de conflictos, en un vacío ideológico y político, enfrentados a problemas de dimensiones globales que los decadentes Estados-nación son impotentes para resolver, con inmensas posibilidades científicas y tecnológicas para la mejora de la condición humana, ricos en conocimientos, pero pobres en sabiduría, buscamos las claves de la supervivencia y la sostenibilidad. La única esperanza parece radicar en una acción común provocada por la luz de la comprensión común de los peligros y de la comunidad de intereses de todos los hombres y mujeres. Hemos puesto de relieve la importancia del comportamiento individual y de los valores que constituyen las células del cuerpo de la sociedad y determinan su funcionamiento y su ética (pág. 241).

de energía limpia”²². Respecto al armamento nuclear, sin embargo, realiza una condena total y sin ambigüedades.

▪ **Libertad y fidelidad creadoras.** Niega que se pueda utilizar el peligro de un colapso planetario como argumento para justificar cualquier tipo de coacción o medida de fuerza. No se trata de la supervivencia sin más, sino de la supervivencia fiel a la libertad creativa y a la verdadera humanidad, que es fiel a la tierra. Toda propuesta para resolver el problema ecológico tiene que examinarse con esta luz. ¿La libertad de la que hablamos se limita a garantizar una libertad de corte netamente individualista? Evidentemente que no; es más, habría que subrayar que mientras sigamos confundiendo libertad con individualismo, los problemas (ecológicos, sociales, existenciales) no dejarán de incrementarse en número y gravedad.

Como escribió JONAS, “se profetiza la catástrofe para impedir que llegue. Y sería el colmo de la injusticia burlarse después de los alarmistas, si la situación no llegó a un punto tan extremo. Su mérito tal vez resida en quedar burlados”²³. Una moral específicamente cristiana no se apoya sólo en las clásicas virtudes cardinales: las virtudes teologales tal vez no le ofrezcan nuevas exigencias categoriales, pero sí le abren al ser humano un horizonte trascendental de gratuidad y de ofrenda, muy necesarios en esta situación. El que ha conocido el nombre de Dios, reconoce la belleza y sabiduría de Dios en todas sus obras. Sólo podemos vivir de acuerdo con Dios si vivimos de acuerdo con la naturaleza por cuyo medio Dios nos habla y en la que se refleja su amor creador. Si nos hemos dirigido al planeta con la codicia avariciosa del que trata de arrebatarle sus tesoros, si nos preocupamos de su destrucción con el gesto preocupado de los ricos que temen perder la fuente de sus riquezas, es preciso comenzar a mirar el mundo con ojos de pobre y a pensar en los pobres de la tierra. Los pobres esperan desde la gratuidad y reciben con gratitud los bienes de la tierra. Y, por otra parte, los pobres del mundo son los primeros que sufren el expolio de la tierra, son los primeros en pagar los desastres ecológicos (¿a dónde, si no, están yendo a parar las industrias contaminantes que, por las grandes restricciones legales de carácter medioambiental, están abandonando el primer mundo?). La conversión a una ética ecológica implica una conversión hacia el mundo de los pobres, su cosmovisión, su autocomprensión, su actitud ante la tierra de todos²⁴. Hay aquí un campo para la cooperación ecuménica y el diálogo interreligioso.

²² *Libertad y fidelidad en Cristo*, vol. III, pp. 219-220.

²³ JONAS, H., *El principio de responsabilidad*, p. 201.

²⁴ Cf. FLECHA, J.R., *El respeto a la creación*. BAC. Madrid 2001.

A lo largo de toda la obra de HARING, está constantemente presente la palabra paz. El concepto *shalom* (paz) es un término clave en la Biblia, es el compendio de todas las promesas hechas por Dios a su pueblo. Los acontecimientos sucedidos en los últimos meses han permitido ver con claridad que el mundo en que vivimos no conservará posibilidades de sobrevivir mientras sigan existiendo espacios para éticas antagónicas y vividas de manera integrista: No hay supervivencia sin una ética mundial; no hay paz mundial sin paz religiosa; no hay paz religiosa sin diálogo entre las religiones²⁵. La seguridad mundial es un objetivo de primer orden, sin duda alguna. Ahora bien, y con esto terminamos nuestro trabajo:

“Después de todas las experiencias que la historia nos enseña, y teniendo en cuenta el mortal arsenal armamentista que puede destruir la humanidad y envenenar todo el sistema ecológico, debería ser absolutamente evidente que no puede sostenerse por más tiempo, en virtud de su propio razonamiento, la teoría de la guerra justa”²⁶.

²⁵ KUNG, H., *Proyecto de una ética mundial*. Trotta. Madrid 2000⁵.

²⁶ HARING, B., *Libertad y fidelidad en Cristo*, vol. III, p. 420.